

Si fatal que me hacia perder mi paraiso, cambiando un retiro á mi gusto, tranquilo, laborioso, novelesco y libre, en un alojamiento donde la vida mundana me iba á atormentar con su insipidez y su tiranía.

Pedí el tiempo preciso para arreglarlo todo, mi equipaje y mi persona, y el marqués de Malouet se alejó después de darme un caluroso apretón de manos al propio tiempo que me anunciaba que seríamos buenos amigos y que iba á preparar á sus dos cocineros para que me hicieran un recibimiento triunfal.

—Voy á anunciar—me dijo,—á un artista, un poeta; eso les obligará á esmerarse.

Minutos antes de las cinco, llegaron dos criados del castillo para trasladar mi liviano bagaje y advertirme que me esperaba un carruaje en las colinas.

Me despedí de mi celda; di las gracias á los molineros y besé á sus chiquillos babosos y mal peinados. Todos daban claras señales del disgusto con que me veían partir; también yo me alejaba entristecido.

No sé qué extraño sentimiento me ligaba á aquel valle que dejaba con el corazón oprimido, como se deja la patria.

Hasta mañana, Pablo, porque hoy no puedo más.

IV

26 Septiembre.

El castillo de Malouet es un edificio sólido y vulgar, construido hace cien años.

Amplias y bien cuidadas alamedas, un patio de honor y un parque secular, le dan verdadera apariencia de mansión señorial.

El marqués saltó á recibirme, y asíéndome familiarmente del brazo me hizo atravesar varios largos corredores para introducirme en un vasto salón donde reinaba obscuridad casi completa.

Sólo pude entrever vagamente una veintena de personas de uno y otro sexo, repartidas en pequeños grupos.

Gracias á esta bienhechora tiniebla, mi presentación no fué solemne ni molesta como yo me la había figurado.

No tuve tiempo más que para recibir los cumplimientos que la señora de Malouet me dirigió con voz débil, pero penetrante y simpática.

Me asió amablemente del brazo para acompañarme al comedor, demostrándome en sus palabras y en sus ademanes, que los señores del castillo estaban dispuestos á no escasear las consideraciones debidas á un corredor tan excepcional como yo había probado ser.

Una vez en la mesa y á plena luz, no tardé en advertir que era el punto de mira de la atención general; pero soportaba valerosamente el fuego graneado de las miradas irónicas y curiosas, parapetado en parte tras una montaña de flores que adornaba la mesa y ayudado eficazmente en mi posición defensiva por la exquisita cortesía de la dueña de la casa.

La señora de Malouet es una de esas ancianas á quienes una gran pureza de alma y una singular fuerza de ingenio, han protegido contra la desesperación al llegar la hora fatal para las mujeres, de los cuarenta años, y que han salvado del naufragio de su juventud un encanto soberano: el de la gracia.

Escasa de talla, débil y de rostro pálido y macerado por un sufrimiento constante, justifico exactamente la frase de su marido: «Es un soplo.» Sí, un soplo que está preñado de bondad é inteligencia.

No se advierte en ella ninguna huella de presunción malsana: cuida de su persona sin acercarse al terreno peligroso de la coquetería, y aunque parece haber perdido por entero el recuerdo de la juventud, se adivina en ella una especie de pudor de anciana y un deseo, no de agradar, sino de ser perdonada. Tal es esta marquesa, á quien yo adoro.

Ha viajado mucho, lee constantemente y conoce bien su París.

Entablamos animosos una de esas conversaciones en las que dos almas que se encuentran por vez primera ansian comprenderse, tocando todos los puntos para advertir con alegría que existe entre ellos varios puntos de contacto.

M. de Malouet aprovechó un momento en que el criado quitó una enorme fuente que nos separaba, para asegurarse del estado de mis relaciones con su esposa.

Pareció quedar satisfecho de nuestra buena inteligencia evidente, y levantando su voz sonora y cordial:

—Caballero—me dijo,—os he hablado de mis dos cocineros rivales y ha llegado el momento de que probéis que sois merecedor de la reputación que yo os he concedido sin previo examen. ¡Ay! voy á perder al más antiguo y, sin disputa, al más sablo de estos dos maestros, el ilustre Juan Rostain. Hace dos años que al llegar de París me dijo estas palabras: «Un hombre de gusto, señor marqués, no puede vivir en París, dende se cultiva en la actualidad una cocina... romántica que causará mucho daño.»

Rostain es un clásico impenitente. Habéis probado dos platos en los que la crema forma la base esencial y quisiera saber, si como yo, opináis que la obra de Rostain es superior á todo encomio. Espero que decidáis la lucha sorda, pero insaciable de mis dos cocineros, dando im-

30160

UNIVERSIDAD DE TORO LEON
BIBLIOTECA DE HISTORIA
"ALFARER" 1913
No. 1625 MONTURNEY MEXICO

parcialmente al César lo que es del César... Veamos.

Miré á los dos platos que, según el marqués, debían servir de materia de exámen y prueba y no vacilé en clasificar de clásico uno que estaba coronado por un templo del amor, con una imagen de Dios en pasta policromada.

—¡Muy bien!—dijo con entusiasmo el marqués.—¡Bravo! Cuando lo sepa Rostain recibirá gran alegría. ¡No os podéis figurar cuánto siento, ahora que vuestro talento culinario está probado, no haberos recibido en mi castillo algunos días antes. Seguramente hubiera logrado entonces, impedir la marcha de Rostain, porque no os debo ocultar mis buenos amigos, que no estáis en gracia de mi ilustre cocinero, y que tengo por seguro que su ida no tiene causa más poderosa que vuestra condenable indiferencia.

Yo creí proporcionarle una alegría al anunciarle hace algunas semanas que nuestras cacerías le aseguraban un concurso de inteligentes que no tardarían en apreciar su talento. «El señor marqués me excusará—respondió Rostain con sonrisa melancólica—sile manifiesto que no comparto sus opiniones: en primer lugar porque los cazadores no comen sino devoran. Llegan á la mesa con estómago de náufrago *iratum ventrem*, como dijo Horacio, y engullen sin elegir y sin reflexionar, *gulæ parens*, las producciones más acabadas de cualquier artista; en segundo

lugar, el ejercicio violento de la caza, desarrolla en el cazador sed desordenada, que tratan de satisfacer sin moderación. El señor marqués no habrá olvidado lo que sobre el uso excesivo del vino decían los antiguos: «entorpece el gusto—*exurdant vina palatum*»—No obstante, el señor marqués puede estar seguro de que trabajaré para sus invitados con mi habitual conciencia, aunque con la dolorosa certeza de que no seré comprendido.»

—Creo—dijo al marqués—que no habiéráis tenido que hacer ningún sacrificio para retener á ese hombre.

—Cierto—replicó el marqués,—pero váis á ver que hemos llegado á los límites de lo imposible. Hace próximamente ocho días, Rostain me pidió una audiencia particular y una vez concedida me manifestó que se veía en el doloroso caso de participarme que dejaba mi servicio. ¡Cómo!—grité.

—¿Y dónde iréis?

—«A París»—me respondió.

—¿A París?—pregunté con extrañeza. ¿Pero no salistéis de la gran Babilonia sacudiendo en la puerta el polvo de vuestros zapatos para no llevar encima nada que os recordase la ciudad prostituida? Puedo repetiros, si queréis fielmente, vuestras propias palabras sobre la decadencia del gusto y el escandaloso entronizamiento de la cocina romántica.

Rostain suspiró y se dijo:

«—Es cierto cuanto me decís, señor marqués; pero también la vida fuera de París tiene sus amarguras que yo no había sentido.

Le propuse aumento de sueldo y se negó á aceptar, y comprendiendo que me callaba la causa verdadera de su disgusto, le pregunté resueltamente:

—Decidme, ¿qué ha sucedido? ¿No os agrada la ayudanta que tenéis en la cocina? ¿Os incomoda y turba vuestras sacrosantas meditaciones con sus canciones groseras? Hablad y la despidó en el acto... ¿Es, por ventura, Antonio quien os disgusta? Le despediré también. ¿Es el cochero?... En una palabra, le ofrecí toda mi casa en holocausto.

El cocinero sacudió la cabeza con indiferencia. ¡Por favor, Rostain!—grité con desesperación,—habladme con claridad.

—Pues bien—replicó Juan Rostain,—os confieso que no me es posible vivir en un sitio donde no encuentro un compañero para jugar una partida de billar.

—Aquello era demasiado pedir—dijo el marqués con encantadora ingenuidad,—y como no podía yo ofrecerme para jugar al billar con Rostain tuve que resignarme. Escribí á París sin pérdida de tiempo y ayer llegó un cocinero joven, con largos bigotes, que me dijo llamarse Jacquemart,

El clásico Rostain, por un sublime movimiento de amor propio, ha querido secundar á Jacquemart en su primer trabajo, y ya tenéis explicado como ha podido servirse hoy esta comida improvisada, de la que sólo el señor y yo hemos sabido apreciar las misteriosas bellezas.

M. de Malouet se levantó de la mesa al acabar el relato de la epopeya de Rostain.

Después del café fui con los fumadores al patio de honor del castillo.

La noche era magnífica. El marqués me llevó al parque, del que pasamos á una alameda, cuyo piso, cubierto de fina arena, reflejaba claramente los rayos de la luna que penetraban atravesando el ramaje de los añosos castaños.

Conversando con aparente indiferencia, el marqués me sometió á una especie de examen sobre distintas materias, como para asegurarse de que yo era digno del interés que hasta entonces me había habido testimoniado gratuitamente.

No estuvimos acordes en todos los puntos que tratamos, pero ligados ya por espontánea y mutua simpatía encontramos casi igual placer cuando discutíamos como cuando estábamos de acuerdo.

Este discípulo de Epicuro es un pensador; su pensamiento exuberante y generoso ha tomado en la soledad en que se ejercita un carácter sublime.

Me causó alguna sorpresa diciéndome de improviso:

—¿Qué opináis de la nobleza considerada como una institución en nuestra época y en nuestro país?

Vió que vacilaba, y añadió:

—Podéis hablar francamente, ¡que diantre! Ya podéis haber comprendido que soy un hombre franco.

—Yo tengo hacia la nobleza respetos de artista. La miro... como un monumento nacional, como una hermosa ruina histórica, á la que quiero y me acerco cuando no hay peligro de que se derrumbe.

—¡Oh! ¡oh!—replicó riendo,—hemor de conversar largamente para poder entendernos sobre este punto. No me avengo á que me tengáis como una ruina, ni aun con el carácter de histórica. Oyendo cuanto habéis manifestado, os causaría mucha extrañeza que os dijera que opino que la vida de Francia sería imposible sin la nobleza.

—En efecto, me extraña esa afirmación.

—Sin embargo, estoy dispuesto á probarla. No concibo una nación sin una aristocracia, como no concibo un ejército sin estado mayor. La nobleza es el estado mayor intelectual y moral de un país.

—¿También en Francia?

—En otros tiempos era lo que debiera ser con

arreglo á la civilización: ha sido la cabeza, el corazón y el brazo de la nación. Posteriormente ha aceptado, lo reconozco, otro papel menos digno, que le obligaba á desempeñar la variación completa de las costumbres. Si el cielo me diera un hijo—y al hablar de esto toco la cuerda más sensible de mi corazón,—yo consideraría mi primer deber arrancarle de la ociosidad peligrosa y de la abyección donde se agostan y mueren los restos de nuestros gloriosos antepasados. Sin dejar de ser el primero por el valor—virtud antigua que sigue dando provechosos frutos,—cuidaría que fuera el primero, uno de los primeros, cuando menos, por la inteligencia, la ciencia y por el gusto en todas las manifestaciones de esta noble actividad del espíritu. Conozco que la aristocracia debe seguir cuidadosa la marcha de la civilización, y á ser posible, no sólo seguirla, sino gozarla; comprendo que no debe vivir aislada, por serle necesario adquirir sangre nueva y procurar hacer suyo todo mérito eminente y toda virtud probada. Todo esto es cierto, pero no me digáis que una nación puede vivir sin aristocracia. Si insistis en esto me permitiréis que os pida vuestra opinión sobre la sociedad americana, la única que vive desligada de toda influencia inmediata ó lejana de una aristocracia.

—Me parece — repliqué evitando responder directamente á su pregunta,—que en Francia

tenemos ese estado mayor intelectual que consideráis necesario: es la aristocracia natural y legítima del trabajo y del mérito. Confío en que esta nobleza no nos faltará nunca. ¿Para qué empeñarnos en formar una institución cuando hay un hecho natural que se renueva y se perpetúa con cada generación?

—¡Ta, ta, ta!—gritó el marqués acalorándose; —ese es el producto de las nuevas enseñanzas. ¿Creéis de buena fe que una nación, una civilización nacional, pueden nacer, desenvolverse y conservarse por el solo hecho de las individualidades más ó menos brillantes que dé á luz cada generación? Preguntad á la historia ó mejor será, que como ya os he dicho os fijéis en América. Los Estados Unidos tienen como los demás Estados su contingente de hombres de talento y, sin embargo, no tienen lo que pudiéramos llamar espíritu nacional. Hacedme el favor de decirme un solo rasgo, un detalle de este espíritu. No tienen ni capital puesto que la capital no es otra cosa que la ciudad donde vive y se manifiesta la aristocracia.

Siguiendo nuestra conversación regresamos al castillo, donde oímos un gran ruido de voces y risas. Miramos con curiosidad y vimos unos cuantos jóvenes saltando animosos como para alcanzar la plataforma que corona la doble escalera.

Nos dimos explicación de esta gimnástica

apasionada tan pronto como la claridad de la luna nos permitió distinguir un vestido blanco sobre la plataforma. Se trataba seguramente de un torneo sostenido para que la mujer que vestía el traje blanco diera el premio al vencedor.

La joven (si no hubiera sido joven no hubieran ellos saltado con tanto afán) estaba de codos sobre la balaustrada exponiendo atrevidamente á la claridad de una noche de otoño y á los besos de Diana su cabeza adornada con flores y sus hombros desnudos. Por intervalos se incorporaba y presentaba á los luchadores un objeto que desde lejos no era fácil de apreciar: era un cigarrillo, delicado trabajo de sus blancas manos y de sus rosadas uñas.

Por más que el espectáculo no tuviera nada de extraordinario, M. de Malouet vió en él algo que le disgustó, pues su acento afable comunemente, se trocó en severo y adusto, para decir:

—¡Vamos! Ya me figuraba que sería la *condesita*.

No tengo para qué añadir que en la *condesita* había reconocido á mi amazona de las plumas azules, que con las plumas y sin ellas parecía tener el mismo temperamento.

También ella me reconoció inmediatamente, como vas á verlo.

Queriendo la condesita poner fin al espectáculo que había desagradado al marqués, vino

hacia mí y me puso bruscamente el cigarrillo en la mano, diciendo:

—¡Tome usted! le corresponde por ser indudable que no hay quien le aventaje en ligereza para correr y saltar.

Dijo esto y desapareció, dejando por igual contentos con su broma á los vencidos y al vencedor.

Este es el último episodio referente á mí, de aquella noche. Después del *whist* pretexté un poco de fatiga y M. de Malouet tuvo la delicadeza de instalarme él mismo en una linda habitación contigua á la biblioteca.

Durante buena parte de la noche me incomodó el ruido monótono del piano y el de los coches, indicios de civilización que me hicieron echar de menos más amargamente que nunca mi pobre alojamiento del molino.

V

26 Septiembre.

He tenido la satisfacción de encontrar en la biblioteca del marqués los documentos históricos que me faltaban. Proceden, en efecto, de la abadía, y ofrecen á la familia de Malouet interés particular. Un Guillermo Malouet, noble y caballeresco fué quien á mediados del siglo XII restauró la iglesia y fundó la abadía con el con-

sentimiento de sus hijos Hugo, Juan y Tomás.

La carta de fundación es de 1145. Cartas posteriores prueban que la abadía del Rosel estaba en el siglo XIII en posesión de un especie de patriarca, jefe de todos los institutos de San Benito que existían entonces en Normandía.

Cada año se celebraba un capítulo general de la orden, presidido por el abad del Rosel, y al que asistían representantes de doce conventos. La reunión se celebraba en la sala capitular, hoy vergonzosamente profanada.

El abad era, como llevo dicho, el jefe de una orden ilustre, cuyo solo nombre basta para recordar cuánto el trabajo tiene de noble y austero.

Los archivos del castillo son muy curiosos y la biblioteca muy rica, y en ella me pasaría gustoso la vida dedicado á evocar los recuerdos de otras edades, si mis excelentes huéspedes no me quitaran con una mano la libertad que con la otra me dan.

—¡Sed libre! ¡trabajad cuanto gustéis!—me dice el marqués todas las mañanas. Una hora después entra en la biblioteca.

—¿Se trabaja mucho?

—Un poco, ahora comienzo.

—¡Cómo! ¡diantre! Hace más de dos horas que está usted aquí... Decididamente quiere usted matarse, amigo mío... Mi mujer está en el